

# La incompatibilidad del Marxismo-Leninismo con la Democracia

LA DEMOCRACIA ES, POR SU MISMA NATURALEZA, un sistema en el cual el poder está repartido, fragmentado, disperso. Se asienta la democracia en el postulado, explícito en todas las constituciones democráticas, de que el poder no debe estar jamás concentrado; y en la premisa de que son respetables las opiniones, los intereses y hasta los prejuicios de las minorías. El ánimo democrático es dubitativo. Admite por principio que tanto los poderes públicos como la mayoría que ha delegado en ellos la soberanía, no por ello tendrán razón en todo, y ningún derecho el resto de la sociedad. De manera que el arte de conducir democráticamente a los pueblos consiste en no comprometer el gobierno a la colectividad por ninguna vía irrevocable mientras no exista un consenso prácticamente unánime sobre la conveniencia de cerrarse la sociedad para siempre todas las demás opciones.

Por lo mismo, y de manera esencial, la democracia supone la posibilidad de una armonización suficiente de los intereses antagónicos de los individuos y de las clases sociales. No cae en la democracia en la bobaliconería de sostener que no hay antagonismos sociales e inclusive tensiones que merezcan llamarse *lucha de clases*, pero los supone conciliables en una medida que sea, en todo caso, infinitamente preferible a la guerra civil o a la tiranía. En consecuencia, los demócratas sinceros se esfuerzan por conciliar los conflictos sociales, por arbitrar transacciones que sin ser perfectas o sin satisfacer por completo a las partes antagónicas, excluyen el odio y la intolerancia como motores de los actos de los individuos y de los grupos, preservan a la sociedad de ese "juicio de Dios" que es la violencia, con su consecuencia de segura victoria del más fuerte, y de opresión o exterminio igualmente seguros de los débiles.

En contraste, el marxismo-leninismo aconseja exacerbar los conflictos sociales, la lucha de clases por todos los medios posibles hasta el día cuando abolida la propiedad privada, fuente supuestamente exclusiva de todos los conflictos, desaparezcan las clases sociales, y con ellas la necesidad de toda coacción, puesto que teóricamente ya no habrá (ya no serán *posibles*) antagonismos de ningún género.

Hasta ese día mítico, cuando las fieras y los corderos andarán juntos, como en el Paraíso antes de la Caída, toda la conciliación será una traición, todo arreglo pacífico que no sea una astucia táctica, una demora en la marcha majestuosa e inexorable de la historia hacia su resolución.

Muchos hombres, muchos de ellos respetables, han creído y siguen creyendo firmemente en esta fábula. La democracia, que es antidogmática, comprende que ciertos ánimos sean proclives a tal visión apocalíptica y mesiánica de la historia; y considera además que esas ideas, propagadas pacíficamente, pueden ser estimulantes para el mejoramiento de la sociedad.

Admite además la democracia, como obligación principista, que los sostenedores de esas ideas puedan llegar al poder por elecciones, si convencen a suficientes electores para que los favorezcan con sus sufragios.

Pero la paradoja insoluble es que los marxistas-leninistas sinceros (o los socialistas democráticos entregados a los marxistas-leninistas) no podrán ver en esa situación más que una ventaja táctica que es preciso explotar para conquistar todo el poder y en ningún caso un mandato para administrar y mejorar el sistema que les ha delegado *una parte del poder*. Si se conforman con ejercer el poder que legítimamente les incumbe, se estarán contradiciendo, se estarán traicionando, puesto que ese poder democrático es por su propia naturaleza limitado y pacífico, y ellos requieren un poder totalitario y belicoso. El triunfo electoral democrático, el poder político democrático, tendrá —según ellos— que ser *superado* para alcanzar una suma de poder y una inexpugnabilidad en el poder que resultan absolutamente irreconciliables con la democracia.

Enseguida vendrán las quejas amargas y las protestas de fe democrática, pero estas últimas son insinceras, y la amargura es la de quienes pierden una guerra, no la de quienes buscan la paz.

Carlos Rangel

(Esta nota fue escrita por Carlos Rangel, miembro del consejo editorial de CIENCIA POLITICA, días antes de fallecer en la ciudad de Caracas).